



ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: marzo, 2024.

© Aldo Ares.
© ELVO Editorial.
© de la fotografía de solapa: Aldo Ares.
© de la carta del editor: Daniel Moscugat.
© del prólogo: Justo Bolekia Boleká.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1645-2024
ISBN: 978-84-128378-0-3



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

NOTA DEL EDITOR

Para poder establecer una semblanza de lo que el lector está a punto de leer es necesario hacer un repaso sucinto a la Europa de hace siglo y medio, dado que eso nos hará comprender muy bien el porqué de la exposición que nos hace aquí Aldo Ares con *El emperador del hambre*. Esos países que hoy son el motor de la economía de la Unión Europea, antaño andaban enfrascados en una revolución industrial, y con excitación ardían en deseos de expandir su política económica a los confines de la tierra. Pusieron sus garras en África. Bélgica, Francia, Inglaterra, Alemania, Portugal y (por poco, pero también) España prepararon su desembarco febril para la ocupación y reparto del territorio africano y se pusieron manos a la obra para un expolio jamás perpetrado en la historia de la humanidad con otras civilizaciones. Un capítulo histórico al que habría que prestarle obligada atención en colegios, institutos y universidades, pero que cada vez con mayor ahínco tratamos de solapar, silenciar o incluso olvidar desde las instituciones, como si mirar hacia otro lado o esconder la basura bajo la alfombra pudieran mitigar el hedor que produce este capítulo negro que por más sucinto que quieran hacérselo ver no es menos tenebroso.

Lo cierto es que siglo y medio después, aquellos que cruzan «el mar de todos» vienen a reclamar en cierto modo todo cuanto Europa se agenció. Todo cuanto los abuelos de los abuelos perdieron, todo cuanto les sustrajeron. Es la propia historia la que habla en los rostros de esos náufragos. Vienen a reclamar la

vida que les negamos, privamos, robamos, vilipendiamos o sesgamos de sus antepasados. Da igual que vengan de cualquiera de los veinticinco países donde existen conflictos candentes y que dejan asolados poblados, etnias, familias, vida. Y tal vez esa pertinaz insistencia por ocultar el susodicho capítulo de la historia europea del heterogéneo ideario político como argumento del origen de esa lenta y trágica diáspora, empuje a la opinión pública a dirigir la atención, el punto de mira, hacia esos «invasores»; que pongamos nuestro objetivo en el migrante cual un enemigo a batir y al que no hay que ofrecerle ni agua, pues así se aseguran que los patriotas tengan recursos morales para defender lo que es «suyo» y eviten que invadan nuestro espacio y nuestra riqueza.

Esos seres humanos que arriesgan sus vidas por cruzar la frontera del Mediterráneo huyen de guerras civiles y hambrunas (Somalia, Chad, Nigeria, Sudán del Sur, Libia...), de secuestros y genocidios propiciados por condiciones de desestabilización o ausencia política (Boko Haram, Darfur). Creo que sobran las palabras si hablamos ya del Sahara, asunto que da de lleno en el cogote al gobierno de España, sea del color político que sea, porque acostumbra a mirar para otro lado como si aquel fuese un conflicto ajeno o lejano que ya no nos afecta en el devenir del progreso en el que se encuentra; y resulta que hasta hace apenas unos años sus ciudadanos compartían DNI con los ciudadanos españoles...

Desde Europa se fomenta el derecho a construir muros en las fronteras (físicos, legales e intelectuales) y un infierno en el mar por miedo, un certero miedo justificado. Los tecnócratas del neoliberalismo europeo en pleno auge, coronado de alambradas en sus fronteras y de un camposanto de agua salada, se apresuran a vociferar despectivamente que igualdad significa lo

mismo para todos, la aberración de ser iguales en cuanto a derechos y libertades, y que compartamos toda riqueza, aludiendo así a ese concepto pasado de rosca del comunismo norcoreano, rancio, retrógrado y orwelliano. En realidad, igualdad no es la búsqueda de posesiones y vida común, es el concepto de acceder a la posibilidad de aspirar a tener oportunidades equitativas al alcance de todos. Y ese ideario exportado desde el corazón de la Unión Europea hacia los países miembros, y gracias a secretarios de estado como el que sufrimos en España, gobierne quien gobierne, se transforma en realidad impostada y aplaudida por millones de borregos. Uno se da cuenta de repente de todo. La buena voluntad de la Unión Europea es tan falsa como la compostura de su palabrería. Los datos así lo atestiguan: da pavor asomarse al abismo de más de cinco mil muertes en el mar de todos de media desde 2016.

El gran problema que ha de afrontar la vieja Europa no son los refugiados. Lo cierto es que seguirán llegando, porque reclaman ni más ni menos que lo que les pertenece, lo que les quitaron. Y todos ellos viajan con el ansia que viajaron los abuelos y bisabuelos españoles que abandonaron su patria huyendo de la miseria, la guerra y el hambre, cruzando todas las fronteras y los charcos habidos y por haber en busca de estabilidad y un futuro mejor. El único modo de solventar este problema irreversible es y será reponer todo cuanto se saqueó en el continente africano. Reparar el daño de tantos regímenes nefastos provocados por la nefasta gestión europea en todos los sentidos. No podrá salir gratis devorar la semilla de la vida, y donde brotó la riqueza del florecimiento de la revolución industrial del viejo continente, que quiere cercar sus dominios a todos esos nietos de los nietos que llegan ahora en cáscaras de nueces, también se marchitará si no invertimos en polinizar esas semillas que nos atribuimos.

Nada de lo que devastaron en las colonias alemanas, francesas, belgas, portuguesas, inglesas y, también, españolas podía pasar de largo, ni pasará de largo.

El texto que nos presenta Aldo en estas páginas muestra con claridad tanto el sentir como la idiosincrasia de todo un continente que refleja a través de ciertos capítulos históricos de Guinea Bissau y Cabo Verde, en una recreación del absurdo provocado por la ambición industrial, en este caso de Portugal. Una reflexión vivaz ecuánime e iconográfica de todo cuanto acabo de prologar, y en su desarrollo retrata fielmente cuanta ambición desmedida ostentan los que tienen capacidad para empuñar un arma y convencer a sus lacayos de que seguirle les proporcionará una vida de lujos y libertad como a sus homónimos europeos. Sin embargo, nadie se percata de que el bien común es beneficio para todos y que, parafraseando al autor, «el final del ser humano es el mismo en África que en Europa. Todos lloran, menos los que parten para el otro mundo».

Quizá todo esto lo resume una reflexión del presidente electo en esta novela de Aldo: «todo el mundo regala una sonrisa que embellece y resplandece su pobreza. Abren un corazón que ilumina la vida, que irradia riqueza. Eso no ocurre en Europa. Allí las sonrisas son forzadas, engañosas; el semblante amargo, hosco, huraño, arisco, malhumorado. Los ricos viven en estratos cerrados, infelices, egoístas. Allá la gente va con prisa a todos lados, no tienen tiempo para la vida ni la comparten. Se disfrazan con una cara de funeral que no se quitan ni para dormir. Ni saludan al vecino. Saludar es una bajeza, es rebajarse. Su corazón se acostumbró a la miseria, a la miseria del rico».

Todo comienza por que la vieja Europa reconozca que debe reparar el expolio y el daño infligido a esos países que podrían haber sido ricos gracias a sus recursos y que nos apropiamos,

invirtiendo en democratizar, afianzar y estructurar sociedades prósperas donde no sea necesaria la emigración hacia otros lugares, otros pueblos, otras culturas. Y, claro está, actuar en consecuencia con hechos, no con palabras. Espero que esta novela les invite a la reflexión y, sobre todo, a la concienciación de un problema candente que no está en las fronteras, sino en paliar las heridas aún abiertas en gran medida allá donde expoliamos la riqueza y devolverles la dignidad de vivir con dignidad.

Daniel Moscugat



PRÓLOGO

Hay que tener cierta madurez cognitiva y cultural (probada) para «caminar» entre los veinticinco espacios creados por Aldo Ares.

Sí... Veinticinco espacios en veinticinco relatos. Cada uno independiente de otro en una primera observación, pero que mantienen una conexión al compartir un mismo espacio, el de esta narrativa con la que se representan realidades condensadas, de ahí que quienes posean cierto bagaje cultural, descubran el juego de palabras que el autor ofrece en los títulos de muchos de sus veinticinco relatos.

Es el caso de *La noche de los genitales fríos*, que recuerda a *La noche de los cristales rotos* (una película dirigida en 1991 por Wolfgang Petersen, que recuerda los linchamientos ocurridos en la Alemania nazi en la noche del 8 al 9 de noviembre de 1938, donde fueron asesinadas 91 personas y se destrozaron más de siete mil negocios judíos, con la quema de mil cuatrocientas sinagogas), o *Quien a plomo mata a plomo muere*, que nos recuerda aquel refrán popular de *quien a hierro mata, a hierro muere*, una sentencia de origen bíblico que encontramos en el Evangelio según San Mateo, capítulo 26, versículos 51-52.

Pero tenemos que recurrir al pasado literario y profesional de Aldo Ares, un escritor avezado y curtido por la experiencia, si queremos encontrar las razones que le han llevado a compartir su mirada analítica y juiciosa en lo que respecta al ser, llámese humano o no.

El día que Aldo Ares nos invitó a la presentación de su novela *El nieto del misionero* (publicada por la editorial ELVO a principios de 2023), nos hicimos muchas preguntas antes de acudir al evento. Inmediatamente mis pensamientos me llevaron a mi propia vida. Yo soy Bubi de la antigua isla de Fernando Poo, actual isla de Bioko, en la república artificial y ficticia de Guinea Ecuatorial. Tuve una abuela llamada Catalina Riokaló, monja u oblata ofrecida por sus padres a Dios, de la congregación de la Inmaculada Concepción. Ella tuvo una hermana de nombre también Catalina Riokaló, madre de mi padre. A su progenitor común le gustaba el nombre. Ambas fueron mujeres puras e inmaculadas, haciendo así honor a su nombre.

En las culturas africanas, es muy normal ser nieto de un cura o un misionero, porque lo más probable es que el cura sea hermano de un abuelo. Y en ese caso, el hermano del abuelo es también mi abuelo.

Pero al tratarse de un contexto occidental blanco, las cosas ya cambian. Y permítame, querido lector, o querida lectora, no ahondar en mis sospechas.

El dictador Teo, protagonista de la novela que nos ocupa, es el monstruo del que hay que librarse para seguir avanzando. Pero ¿hacia dónde?

Cuando leí aquello de que el cuerpo de Teo reventó cuando lo depositaron en su última morada, mi edad madura me hizo recordar un suceso que ocurrió en la década de los noventa del pasado siglo veinte en Guinea, cuando reventó el cuerpo de una finada mientras sus familiares y gente de bien lo velaba en su morada.

En *El emperador del hambre* el cuerpo de Teo solamente reventó y nada más. En Santiago de Baney, al reventar el cuerpo de la yacente y salpicar tanto el líquido como los trozos a quien

estuviera en las inmediaciones, los guardianes de la salud colectiva mental y física tuvieron que solicitar el concurso de chamanes y curanderos tradicionales para evitar males mayores a los vecinos afectados.

Pero es que Aldo nos ofrece tantos espacios narrativos, tantas situaciones, o tantos personajes con sus objetivos y sus problemas, que proyecta en nuestras retinas, o en nuestra memoria, las realidades filmicas en diferentes planos.

Leer a Aldo Ares es pensar, porque no escribe para distraer al lector, o a la lectora (por aquello del lenguaje inclusivo). Lo hace para someterlo a un ejercicio introspectivo, para obligarlo a vivir con el pensamiento crítico, despierto y vigilante.

Además, nuestro versado escritor recurre a extraños lares para hacer ver y entender a sus lectores que no hace falta mirarse el ombligo permanentemente para significarse en el entorno, o en el mundo.

Emprender viajes narrativos contribuye a conocerse y conocer al otro, al diferente, al extraño, para solidarizarse con él, o para repudiarle con sus vicios y traumas.

En definitiva, leer la narrativa de Aldo Ares es pasar por tres experiencias inevitables: pensar, sonreír y conocer a otros y conocerse. Estas tres experiencias se construyen, evidentemente, desde la otredad, o desde la alteridad rizomática que caracteriza al individuo de ahora, con sus identidades porosas y debilitadas, o controladas desde un pensamiento alóctono.

Prof. Dr. Justo Bolekia Boleká

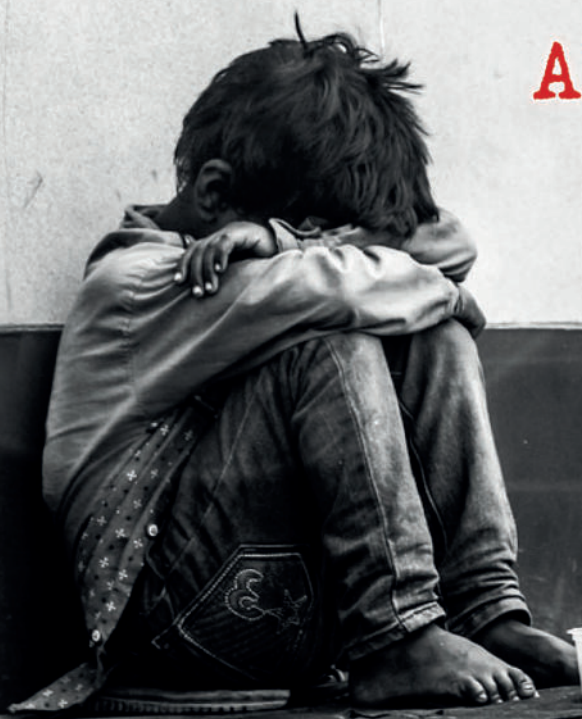
Catedrático de la Universidad de Salamanca.

Académico Correspondiente de la RAE.

Escritor.

EL EMPERADOR DEL HAMBRE

ALDO ARES



NARRATIVA

*A la memoria de mis padres,
Julio Ares Vivas
Tita Gallo Catoggio*

A white, draped fabric sculpture, possibly a mannequin or a piece of art, is positioned on the left side of the page. The fabric is smooth and flowing, with soft folds and highlights. The background is a light gray gradient. The word "INTRODUCCIÓN" is centered in the upper half of the page.

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Que un aprendiz de zapatero, aldeano, sin otro mérito que dar martillazos a los zapatos de caucho que su padre le preparaba por las noches, se convirtiera, de la noche a la mañana, en comandante de la sublevación contra los portugueses parece extravagante, exagerado y hasta asombroso.

Ese fue el origen del dictador Teo, que no tuvo más infancia ni escuela que la que aprendió a la sombra de su padre y los ancianos pastores de la aldea. Tal vez el coraje que exhibía y el miedo intimidatorio que infundía su físico voluminoso fue el detonante que lo impulsó a la acción. Fue el único título académico que filtró su cerebro y sus venas antes de alistarse en el ejército chino, gracias a la intermediación del referente idealista de prestigio internacional, Arturo Barrales. Lo marcó sobremodera la instrucción del arte de la guerra de los imperialistas y despiadados regimientos militares de Mao Zedong.

En esos años, el gigante asiático aún no había despertado, pero era digno de la herencia de una raza milenaria que se forjó con el acoso implacable de los pueblos vecinos y de terribles sufrimientos infrahumanos para subsistir. No en vano, el coloso asiático se forjó y tamizó durante cinco mil años de horror de guerras atroces y millones de pérdidas humanas.

Con ese bagaje tan básico, a la vez que intimidante de soldadito de urgencia, Teo logró convertirse en un mito guerrero para un pueblo pequeño y analfabeto, de apenas medio millón de habitantes, de la África profunda. Todo parecía tan desor-

bitado como la bola enorme de sus ojos. Lo que no parecía tan descabellado era el movimiento popular, los insurgentes que habían crecido a la sombra de los árboles del bosque guineano para echar, a punta de hacha y machete, a los invasores portugueses. Fue su momento de gracia, porque una varita mágica lo rozó y frotó su fornida espalda, cuando el ingeniero Arturo Barrales lo enroló para su causa de la independencia y gestionó su formación militar en China.



I

LA NOCHE DE LOS GENITALES FRÍOS

Llevaba veinte años en el poder con la muerte en los talones, tanto que se había convertido en su compañera de viaje. Él, precisamente, que había sembrado y rellenado las cunetas, los cementerios y su famoso lago de cocodrilos con miles de cadáveres. Vivía en la orilla con ella y no se quería separar. Era el novio de la muerte. Él, que durante veinte años puso de rodillas a su propio pueblo, que lo condenó a la penitencia y al silencio. Él, que se disfrazó de papa de África para canonizar los votos de pobreza de su gente.

Como buen tuerto, que perdió un ojo en la guerra, gobernó un país de ciegos y sordomudos. Nadie veía nada, nadie escuchaba nada, nadie abría la boca. Todos practicaban la ley del silencio. Les había prohibido el don de la palabra a su gente y la voluntad de mirarle a la cara. Nadie podía acercarse a su despacho ni a su búnker, ni para pedir limosna, ni para reclamar por sus muertos. Nadie podía alzar la voz, reclamar derechos elementales, como el del arroz o el guiso de letras. Miedo, hectáreas de miedo y terror, como si fuera un descendiente de Atila, fue lo que sembró a su paso.

El hambre de su pueblo era prehistórica. Quinientos años de colonia portuguesa fueron una trituradora de atrasos, una cadena perpetua que encogieron a los nativos, asimilados como una tribu de pigmeos. Pero el mayor fiasco de Guinea fueron sus veinte años de dictadura que no mejoró la dieta de arroz y mango. Lo suyo fue poder por la fuerza, sangre y mujeres para la fiesta.

La capital, Bissau, por las noches se convertía en una ciudad fantasma, no había luz eléctrica. La sensación era surrealista. Los nativos reptaban por las calles, por las banquetas, a cualquier hora en busca de alimento. En la oscuridad de la madrugada podías atropellarlos por la carretera; formaba parte de la penitencia y nadie reclamaba. Eran como hormigas de la naturaleza que buscaban comida y dejaban la vida en el intento.

Los supermercados eran meros tenderetes desordenados, levantados al aire libre, a los lados de las carreteras. Solo había productos de subsistencia. Un panorama sombrío, desolador. Carne de animales recién cazados colgaban de un empalizado precario de troncos. Las moscas parecían abejas negras apretadas contra la carne descuartizada como aferradas a una colmena. Por doquier sacos de arroz, de habichuelas negras, especias. Entre el gentío, mujeres sacrificadas por los milenios, parecían malabaristas, burros de carga con torres de productos encima de la cabeza y niños atados a su espalda.

Y de pronto el diluvio universal, que empezó con Jesucristo y todavía no paró. A medida que manaba el manantial divino en Guinea, crecía la pobreza. No había forma de recuperarse. No dejaba tiempo útil para el trabajo. Un cántaro se había roto en el cielo hace dos mil años y no tenía arreglo.

Y luego estaban las casas del hambre, una especie de barracones de acogida para un ejército de niños huérfanos. Gracias al auspicio de Naciones Unidas, los niños abandonados tenían un plato de arroz con mango para escapar del hambre, de la mortandad de las plagas y de la peste negra.

Entre la calamidad que dejó la colonia portuguesa y los estragos del dictador Teo, los hechiceros y los brujos campaban a sus anchas en su universo tribal. De la esclavitud pasaron a la opresión, y el único negocio lo hacían los charlatanes. Haití y

Guinea Bissau ostentaban el triste récord de mayor pobreza del mundo.

Teo, que durante veinte años había ninguneado y sometido al desprecio más absoluto a Joao Félix, el jefe de las Fuerzas Armadas de Guinea, ahora le estaba rogando que no lo matara. Veinte años persiguiéndole por los piringundines para cazarlo infraganti, con las manos en la masa desnudando cuerpos ajenos. Entraba en cólera el dictador cada vez que lo interrumpían en la mejor embestida del toro salvaje; la embestida más animal del acto sexual. No fue extraño que le sentara como una patada en los testículos, como si lo hubiera partido un rayo, la noche que se le acabó la suerte.

En el arrebato se le despertaron todos los demonios.

Para prevenir el más mínimo infortunio, como una costumbre imperial, lo acompañaban siempre sus mejores escoltas, los orangutanes más cualificados, para que formaran una barrera de protección en torno a sus incontables nidos de amor. El mito, el azote de Dios, no podía caminar solo por las calles sin sus perros guardianes. Si quería sobrevivir, tenía que moverse dentro de un enjambre de policías armados que paraban las balas con su pecho antes que se las colaran a su excelencia. No dormía nunca en el palacio presidencial porque se sentía vulnerable. No llevaba nada a la boca, ni bebida ni comida, que no hubieran probado antes sus soldados. Había construido una fortaleza a prueba de bombas para dormir del tirón sin ser despertado por el enemigo. Pero tenía su talón de Aquiles, como todo poderoso que se precie. Las mujeres eran su punto débil y en éstas andaba cuando fue cazado.

Sonó el timbre de la alarma que siempre tenía conectada el dictador con su escolta. Sus esbirros tenían la orden de pulsarla a la menor sospecha, cuando algo no iba bien. El disgusto lo so-

bresaltó en la mejor parte de la fiesta amatoria. Como impulsado por un relámpago, el dictador saltó de la cama a la ventana que daba al patio trasero de su amante. En calzoncillos, sin separarse un instante de su pistola de guerra, que no conseguiría usar, saltó al vacío. En el tortuoso camino de la huida se le enredaron los pantalones y prefirió ignorarlos para no perder tiempo. Aún en las malas sabía que su guardia pretoriana estaría esperándolo en la calle, como tantas veces, para protegerlo. Pero esta vez las medidas seguridad de su escolta personal iban a fallar por primera vez en veinte años. El que le esperaba al otro lado de su nido de amor era su principal enemigo, el jefe del Estado Mayor, el general Joao Félix.

Al caer por el ventanal de emergencia, rodó con su torso desnudo entreverado con los bravos escuderos del general Félix, que se abalanzaron sobre él. Forcejeó como gato panza arriba con su arrojo de guerrero, su cuerpo sudoroso se escurrió como chanco enjabonado; empleó al máximo su fuerza bruta de toro enfurecido, hasta que finalmente fue reducido y maniatado por el poderío de la infantería entrenada por el general.

Joao Félix nunca habría llegado a este crucial momento de la victoria si no se hubiera armado de su santa paciencia para adiestrar, bajo cuerda y con mucha perspicacia, a uno de los custodios del dictador, precisamente uno de sus hijos bastardos.

Era tanto el odio que acumulaba el hijo guardián, que justificaba y asumía su servicio a la Nación guineana, pero no a la de su progenitor. No tuvo más remedio que aceptar la propuesta del jefe del Estado Mayor para conspirar porque no había juntado las suficientes agallas para asesinar a su padre con sus propias manos. Reconoció que no tenía edad para ser un héroe, que era tan niño que su padre le daba miedo de solo verlo y que no saldría con vida del parricidio. Por eso aceptó traicionarle, sigi-

losamente, con la intervención del general Félix, a quien le pasó todos los datos precisos de la hora, lugar y posición de todos los custodios que estarían de guardia esa noche.

Llevaba mucho tiempo queriéndose vengar el hijo ilegítimo de los crímenes de su padre, de toda su inmundicia. Desde los catorce años que el niño Gildo fue adiestrado en las artes marciales, y formado como heredero del padre le nació la ojeriza y el rechazo a sus injusticias. Estaba cansado de presenciar tan bárbaras matanzas de nativos inocentes. Todos los asesinatos, incluidos los de su propia familia, le llenaban de repugnancia y se maldecía de llevar los genes del dictador. Se autoflagelaba por ser un soldado tan cobarde a la hora de pararle los pies.

—Veinte años esperando este momento, Timoteo —le increpó el general, que ya gozaba y se relamía con la vieja venganza convertida en obsesión.

Ya era hora de acabar con la tiranía de Bolama, que se sumaba a la tiranía colonial de cinco siglos.

Por primera vez en su vida se le congelaron los genitales al emperador del hambre, ya que carecía de corazón que sufriera. Sabía que al general Joao Félix no le temblaría el pulso esta vez. Se la tenía jurada desde hacía mucho tiempo.

Tantas humillaciones acumuladas no le parecieron suficientes al general para rematarlo de un simple tiro a bocajarro. Tuvo la sangre fría de aguantarse la rabia contenida.

Se trataba del comandante Timoteo Bolama, un mito de la guerra colonial devenido en criminal de Estado. Pensar que fueron amigos de la infancia, que militaron juntos en la guerra de la independencia contra Portugal, pero ahora eran enemigos íntimos. Los constantes abusos del poder de Teo, como llamaban al dictador, contra su pueblo, lo confrontaron con Joao Félix, que defendía otros valores morales, justamente los contrarios.

Todo el prestigio del comandante Teo ganado en la guerra lo perdió al convertirse en un gobernante sádico y tirano.

El jefe de las Fuerzas Armadas envainó su pistola porque pensó en otro método para ajusticiarlo. El dictador se encontraba enroscado por la presión de una serpiente boa que eran esos brazos descomunales de los infantes del ejército nacional.

—No me mates, Joao —suplicó el dictador al verse perdido—. ¿Has olvidado que somos amigos de la infancia, que hemos luchado juntos por la independencia? No puedes matar a tu hermano mayor porque te arrepentirás el resto de tu vida —se dio el lujo, la impertinencia, de amenazar a su verdugo antes de morir. Fueron sus últimas palabras.

Su debilidad por las mujeres había trastornado e hipotecado su vida como gobernante, y finalmente fue la enfermedad que acabaría con su dictadura.

Como si fuera una maldición divina, todos los dictadores perdían aceite por los genitales. La prepotencia les jugaba una mala pasada, pero se desinflaban como un sapo delante de las mujeres.

El general Félix no se inmutó en lo más mínimo, siguió con su hoja de ruta marcial y no se compadeció del enemigo capturado. No sería un buen soldado, porque un buen soldado es implacable, no tiene el sentimiento de la compasión en su código profesional. Era tanto el rencor envenenado y el daño causado a los guineanos que no se le pasaba por la cabeza perdonarle la vida.

Suspiró el dictador cuando vio al general envainar su vieja pistola, creyó que se había arrepentido y suspiraron sus genitales, su cerebro pensante. Estaba tan aturdido que no midió la realidad.

Joao Félix observó la garganta del bisonte llena de pelos ra-

los y pensó que debía rasurarla primero con su navaja de campo antes de seccionarla con su machete afilado. Le dio tiempo a imaginar los gruesos borbotones de sangre que salpicarían su uniforme tras el primer tajo. Pensó rebanarlo con su daga de monte como a un cerdo jabalí. El pueblo había empoderado al general para que ajusticiara al borracho de los crímenes abominables. El prontuario del tirano no había por dónde cogerlo.

Por fin se decidió con el acto supremo de la ejecución. Al dictador se le paró el tiempo cuando el general levantó el hacha de guerra para enterrarla en sus carnes y partirlo en dos mitades. Pero, de repente, se quedó suspendido, electrizado en el aire. No llegó a bajar el hacha. En el preciso momento en que sus dos manos tocaron al cielo con la descarga mortal recibió la orden impactante de una voz rotunda que subió por su espalda, como un relámpago seco que le dio el alto.

—¡Arriba las manos! —gritó el jefe del pelotón militar de los Cascos Azules.

Una docena de ametralladores formados en dos flancos diferentes y equidistantes, a derecha e izquierda, en rigurosa posición de fusilamiento, hicieron sonar el percutor del seguro y se disponían a hacerle un colador a su uniforme de no cumplir con la orden marcial impartida.

El dictador Teo, que nunca pisó una iglesia, agradeció el milagro a Dios por salvarle la vida. Más tarde supo que no fue ningún santo el autor del milagro, sino la brillante actuación de uno de sus soplones, el ínclito y agradecido Obdulio, quien dio la voz de alarma a los militares de la ONU cuando supo que su jefe estaba en peligro.

Obdulio era el mismo delator que informaba de los enemigos al mandatario cuando algún chamizo no colgaba su foto en tamaño natural. La imagen santificada del dictador era el espí-

ritu que vigilaba los movimientos y la conciencia de los moradores.

La foto del azote de los guineanos no podía faltar en ningún chamizo. Su simple vigilancia los paralizaba, agachaban la cabeza como si rezaran ante su obligada presencia. Su petrificante mirada infundía miedo, terror y servilismo a los desheredados.

Teo, en esta oscura noche, conoció la cara y hasta el hígado de la muerte. Pero nunca supo que la traición venía de su propio hijo. Aun así, no fue consciente de que cada vez que él mataba atraía su propia muerte. Cada vez que destruía una vida ajena despertaba el volcán del odio en las familias que le sobrevivían, en los amigos y en la sociedad entera. No era consciente de que las injusticias tenían un precio incalculable que terminarían pasándole factura.

Los mandos de la ONU tomaron la cabecera de la situación, ante la magnitud del conflicto, para gestionar la resolución de un enfrentamiento de guerra civil que tenía toda la pinta de acabar en un insaciable baño de sangre.

Fueron convocadas todas las instituciones del Estado, los opositores, los diplomáticos de los Estados Unidos y Portugal y los representantes de los países vecinos para facilitar una salida negociada.

Unánimemente acordaron el destierro del dictador a Portugal.

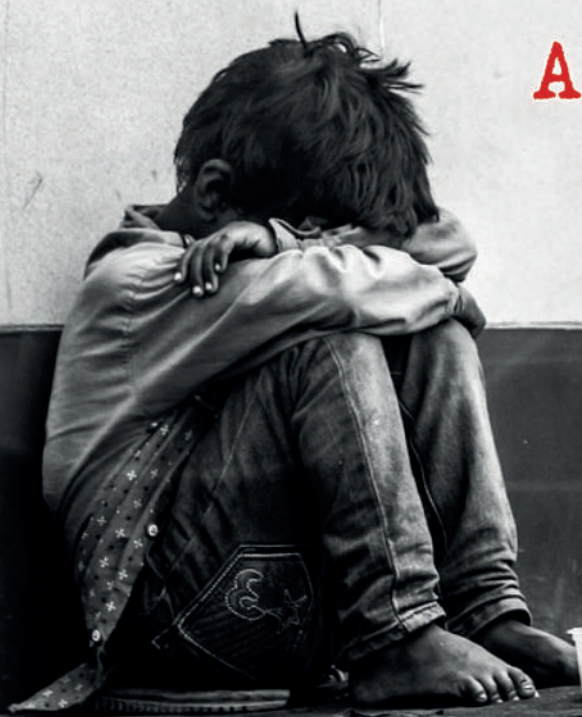
ÍNDICE

Nota del editor (<i>Daniel Moscugat</i>)	9
Prólogo (<i>Justo Bolekia Boleká</i>)	15
Introducción	27
I. La noche de los genitales fríos	31
II. Guinea Bissau	41
III. El robo del siglo	57
IV. El hijo del zapatero	77
V. El universo vudú	87
VI. Misión Algarve	95
VII. La venganza del olvido	111
VIII. El dictador rumiaba sus fechorías	129
IX. La mano negra	139
X. La noche de los mil años	147
XI. Reunidos con nocturnidad	155
XII. Bombas de racimo	167
XIII. Denuncia de asesinatos	173
XIV. Un mundo de idiotas	181
XV. El grito del bosque	187
XVI. Los negros nacimos esclavos	207
XVII. África y los gobiernos	221
XVIII. Madrid	227
XIX. Quien a plomo mata, a plomo muere	235
XX. La brujería, un arma que mata	245
XXI. Magia negra	251

XXII. Asesinatos en nombre de la superstición	257
XXIII. Surrealismo mágico	261
XXIV. El vengador bastardo	281
XXV. La danza de las avispas	295
El autor: <i>Aldo Ares</i>	309

EL EMPERADOR DEL HAMBRE

ALDO ARES



elvo
EDITORIAL

NARRATIVA



Impreso en Málaga, España.
Printed in Malaga, Spain.
Imprimé á Malaga, Espagne.

